

LUENGO, FERNANDO

*Mercado de trabajo y competitividad
en los capitalismos emergentes de Europa
Central y Oriental*
Editorial Complutense, Madrid, 2003
196 páginas

Desde la caída del muro de Berlín, en el año 1989, han sido muchos e importantes los cambios que han sufrido los países del antiguo bloque del Este. En el ámbito económico, la introducción del mercado y de la competencia ha significado nuevas “reglas del juego”, las cuales han afectado a las instituciones, las empresas, los servicios públicos,...y al mercado de trabajo. El libro del Profesor Luengo que se reseña, analiza los cambios, y sus consecuencias más importantes, en el mercado de trabajo de los diez países de Europa Central y Oriental integrados recientemente en la Unión Europea (UE).

El análisis se lleva a cabo a partir de un planteamiento transversal y estructural del objeto de estudio, es decir, en algunos momentos se ofrece una visión global del conjunto de países considerados mientras que en otros se presentan la diversas situaciones que conviven en la región, no sólo entre países, sino también dentro de cada uno de ellos. Por tanto, el autor se aleja tanto de la consideración de los diez países como un todo homogéneo, como de la posibilidad de realizar un recorrido país por país de sus respectivos mercados de trabajo. Incluso, en general, rehuye la muy habitual división analítica de los países de Europa Central y Oriental (PECO) en dos grupos según el grado de avance en las reformas. Aunque existen evidentes diferencias entre los países en este aspecto, la tradicional distinción entre países reformistas y no reformistas no parece suficiente para captar la complejidad de estructuras y dinámicas presentes en el mercado de trabajo de este grupo de países.

Desde el punto de vista temporal, el autor divide habitualmente cada punto de su análisis en dos periodos: el primero, hasta 1993 –es decir, los primeros años de la transición–, y el segundo, de 1993 en adelante. Esta división se justifica por los cambios de dinámicas y de políticas que se producen a partir de 1993, una vez se observa que la transición iba a ser mucha más lenta y traumática de lo esperado al inicio de la misma.

El planteamiento inicial del análisis es la consideración que uno de los objetivos centrales de todas las políticas económicas, y especialmente en las economías en transformación del Este de Europa, debe ser la creación de

puestos de trabajo y la reducción del desempleo, asumiendo que no siempre se da una relación causal entre crecimiento económico y empleo sino que la creación de empleo depende, en gran medida, de las políticas activas llevadas a cabo en el mercado de trabajo.

El estudio se presenta dividido en cuatro capítulos. En el primero se presentan las principales reformas legales e institucionales introducidas en este grupo de países en el ámbito laboral. Para profundizar en la nueva institucionalización que surge en la esfera laboral se analizan cinco aspectos básicos: el salario mínimo, la regulación del subsidio de desempleo, las estrategias de fomento del empleo, las modalidades de contratación y la articulación del diálogo social.

El segundo capítulo analiza las transformaciones ocurridas en el empleo y el desempleo, así como en la distribución de la renta y el surgimiento de nuevas formas de pobreza. Para su estudio, en primer lugar presenta las tendencias generales en la evolución del empleo de los PECO a lo largo de la década de los noventa. En segundo lugar analiza la relación entre empleo, recesión sistémica y recuperación económica, relación encajada en la dinámica de “destrucción creativa” que se suponía debía marcar la evolución del PIB. A continuación presenta la evolución de las tasas de participación y del desempleo durante las reformas económicas. Y, finalmente, en el quinto apartado del segundo capítulo, analiza las transformaciones en el mercado de trabajo y en la estructura social, haciendo especial referencia al aumento de la desigualdad en la distribución de la renta así como de la desigualdad salarial en la estructura económica.

El tercer capítulo se ocupa de la redistribución de los recursos laborales promovida por las reformas económicas. Las variantes de esta redistribución de la fuerza de trabajo son muy diversas: trabajadores que pierden su empleo, convirtiéndose en desempleados o inactivos, otros que, partiendo de esta situación, obtienen un nuevo puesto de trabajo, trabajadores que cambian de empleo –algunos sin cambiar de sector de actividad, otros orientándose hacia otra rama distinta– trabajadores que emigran a otra región o país, etc. Esta problemática se aborda estructurada en dos apartados: la redistribución interna de la fuerza de trabajo y los movimientos migratorios.

Finalmente, en el cuarto capítulo el autor examina la incidencia de dichas transformaciones sobre la competitividad de las economías y el impacto de la internacionalización de la actividad económica sobre la configuración de los mercados laborales. Este capítulo está estructurado en dos grandes apartados. En el primero se analiza la repercusión que las transformaciones en el mercado de trabajo han tenido sobre la competitividad de las economías nacionales, centrándose en el análisis de tres variables estrechamente relacionadas entre sí: la competitividad del trabajo, los salarios y los costes laborales. El segundo se ocupa de la influencia del sector exterior sobre el mercado de trabajo.

A grandes rasgos, el autor pone de manifiesto que la búsqueda de un cuadro macroeconómico estable –contener la inflación y moderar el déficit público– ha sido el objetivo supremo de las políticas de reforma que, siguiendo las recomendaciones de los organismos internacionales, han implementado los gobiernos de los PECO, incluso independientemente de su adscripción ideológica. Este planteamiento ha llevado a limitar la intervención en el ámbito laboral y a una desregulación extrema del mercado de trabajo –que se tradujo en un aumento significativo de la precariedad laboral–, considerando que esta desregulación tendría efectos positivos sobre el empleo. Sin embargo, la evidencia empírica sugerida por el Profesor Luengo en este libro para el caso de los PECO –aunque seguramente sería aplicable al conjunto de los países desarrollados– pone de manifiesto que la supuesta relación entre desregulación y creación de empleo no es tan evidente como se supone sino que deja muchos interrogantes al respecto.

En los países analizados, a pesar de las diferencias que existen entre ellos, entre sus regiones e incluso entre los diferentes sectores productivos, los resultados en el ámbito del empleo, han sido en términos generales, discretos –al contrario de los obtenidos en la lucha contra la inflación, que han sido notablemente mejores–. El empleo crece, en el mejor de los casos, lentamente, la precariedad aumenta de forma acelerada y el desempleo se mantiene en niveles elevados.

Al inicio de la transición se argumentaba que los costes sociales asociados a las reformas económicas serían inevitables y que, si bien afectarían a corto plazo a las condiciones de vida de los trabajadores, eran una condición necesaria para obtener resultados positivos a medio y largo plazo. Entre estos costes sociales destacaba el inevitable aumento del desempleo, resultado de unas reestructuraciones empresariales que exigían reajustar las plantillas a las nuevas condiciones del mercado y de la competencia. Todo ello recordaba el concepto shumpeteriano de destrucción creativa. Sin embargo, el autor del libro, a pesar de aceptar la posible veracidad del argumento, considera que la magnitud de los costes sociales, así como su distribución en el tiempo y entre los diferentes grupos sociales, dependía, en gran medida, de la orientación de la política económica. Y en este sentido, no le parece aceptable que la política económica implementada en los PECO sólo haya considerado una combinación de objetivos e instrumentos –aquella que plantea como un dato ineludible la polarización social y la precariedad– bajo el pretexto de que dicha combinación está dictada por la racionalidad económica, que no es sino la que imponen los mercados. Para él, las reformas deben promover la cohesión social ya que una diferenciación excesiva puede estar en el origen de fracturas sociales que frenen el desarrollo económico. Y es que, ahora que las economías de los PECO parece que se encuentran en una senda de crecimiento económico, el aumento de la desigualdad social se explica más bien por los patrones de distribución del ingreso nacionales que por el retroceso de la renta

nacional. Además, considerando que el crecimiento económico no corrige de manera automática los desequilibrios sociales, sino que más bien los incorpora a la dinámica económica y, en algunos casos, los amplifica, el Profesor Luengo considera necesario aplicar políticas públicas de signo redistributivo, que en los PECO parecen haber sido las grandes olvidadas de la transición.

Asimismo, por lo que se refiere a la relación entre el mercado de trabajo y la inserción exterior de los PECO, se analiza los efectos de la apertura y la liberalización exterior de los PECO en sus mercados de trabajo. El autor pone en duda la nitidez de la convicción de los partidarios de la globalización que el aumento de las exportaciones y la entradas de inversiones extranjeras directas debían contribuir a corregir el problema del desempleo, al suprimir los empleos ineficientes y creando empleos capaces de sobrevivir en un entorno competitivo. Para él, se trata más de integrar el mercado de trabajo en una política económica que busca una competitividad estratégica a largo plazo que obtener ventajas espúreas y de corto plazo, basadas en unos bajos costes laborales.

En conclusión, la lectura de este libro es especialmente interesante y recomendable por el pormenorizado análisis que realiza de uno de los aspectos más problemáticos –y traumático– de la transición económica de los PECO: los efectos de las reformas sobre el mercado de trabajo de estos países.

Albert Puig
Universidad Autónoma de Barcelona



RODRÍGUEZ SOSA, VICENTE

¿Qué medimos en Economía?

Desde el sur: Cuadernos de economía y sociedad. N° 16-17, 2004
67 páginas

En la actualidad, aunque la dimensión económica es importante para la actividad humana, las sociedades occidentales se encuentran cada vez más influenciadas por una ideología economicista orientada hacia el crecimiento material. Esta excesiva “mercantilización” de la sociedad hace que la conducta de la mayor parte de sus miembros esté primordialmente dirigida por un cálculo lucrativo, implantándose como valores supremos la productividad, el beneficio o la riqueza, y convirtiendo al dinero en la medida de todas las cosas.

Esta supremacía de “lo económico” hace que la información cuantitativa y estadística adquiera un papel muy relevante en todos los niveles sociales, lo que convierte al IPC, las cotizaciones bursátiles o las cifras de crecimiento del PIB en noticias de portada de cualquier medio de información. No obstante, estas cifras y estadísticas pueden distorsionar u ocultar la realidad que quieren mostrar, sobre todo, cuando dichas medidas no son adecuadas o pertinentes, y es aquí donde surge una cuestión de vital importancia: ¿hasta qué punto son fiables las medidas realizadas en Economía?

Éste es el punto de partida a partir del cual Vicente Rodríguez expone el qué, el cómo y el porqué de la forma actual de obtención de las medidas económicas, haciendo comprender al lector el cúmulo de problemas conceptuales, valorativos y metodológicos que acompañan y obstaculizan el delicado proceso de medición en Economía. No obstante, su exposición va mucho más allá, y se concibe como una profunda y rigurosa crítica sobre lo inadecuada que resulta la teoría económica que sustenta esas medidas, así como la consiguiente pertinencia y calidad de las cifras económicas que se ofrecen a la ciudadanía.

Para el autor, a los ciudadanos en general, pero especialmente a los analistas, economistas e investigadores, deberían preocuparles estas cuestiones, ya que muchas de las hipótesis que sustentan sus investigaciones están condicionadas por los datos seleccionados para las mismas. La exigencia de una mayor preocupación por la forma en que se elaboran los datos, así como por la calidad de los mismos, es una exigencia innata en cualquier ciencia.

Esta tarea, sin embargo, no resulta nada fácil en Economía. La definición de “medida” de las ciencias experimentales, basada en la comparación de una magnitud con otra de la misma especie que se toma como unidad, resulta claramente insuficiente para las ciencias sociales. En estas últimas, se trabaja con actitudes, atributos, propiedades y hechos para los que no se pueden encontrar una unidad o patrón. Como señala Rodríguez, hay que considerar una definición de medida más amplia, consistente en asignar números a determinados comportamientos, magnitudes y hechos.

Sin embargo, gran parte de los conceptos empleados en el terreno socioeconómico como “*desarrollo*”, “*utilidad*”, “*escasez*” o “*necesidad*”, no se encuentran perfectamente delimitados, al tratarse de conceptos complejos y de amplio contenido, mostrando un carácter dialéctico y, por tanto, carentes de una dimensión discretamente diferenciable que permita hacerles corresponder “un número”. Esto lleva a recurrir al establecimiento de una correspondencia previa – y en la mayoría de ocasiones incompleta o inadecuada – entre el concepto de estudio y otro concepto o indicador que sí posee la característica de diferenciación discreta. En la Ciencia Económica, esta correspondencia se ha realizado mediante valores pecuniarios que han permitido dotar a sus conceptos de una estructura numérica para el uso de la lógica matemática.

Junto con la dificultad de definir la medida en la ciencia social, otra importante cuestión que surge es quién elige los elementos o componentes de la realidad que se consideran significativos para el objetivo perseguido por la medición¹. Como expone V. Rodríguez, quien tome esa decisión, ya sea una investigación particular o estadística pública o privada, la tomará en función de sus propios objetivos, valores e intereses de una manera libre, aunque mediatizada por alguna ideología o corriente de pensamiento, fruto de la época y sociedad a la que pertenecen. Son, pues, estos elementos, ideología y poder, los que deciden qué medir y qué es lo que tiene en cada momento “valor económico” para la Ciencia Económica.

Por esta razón, el autor realiza una – necesaria – incursión histórica sobre la génesis y evolución del concepto de “lo económico”, así como de las teorías del valor que han determinado el actual pensamiento económico convencional, soporte sobre el que descansan las medidas que se realizan sobre la “realidad económica”. La visión general de la retrospectiva realizada muestra una Economía que ha ido desligándose de las ciencias morales y políticas de su nacimiento, para parecerse, cada vez más, a las ciencias experimentales mediante el empleo de modelos matemáticos, formalmente rigurosos, y un fuerte empirismo cuantitativo.

Sin embargo, la formalización matemática no es garantía científica alguna y, a veces, contraproducente si es prematura, porque crea una cierta apariencia

¹ Como nos hace comprender el autor en todas las ciencias – no sólo en las sociales – existe una subjetividad inherente al mismo proceso de medición y que alcanza a las propias unidades de medida pues “no hay medición si no hay sujeto que mida”.

engañoso de algo científicamente establecido. Actualmente, en la Ciencia Económica se ha forzado el grado de formalización matemática, otorgando a los conceptos “económicos” propiedades de las que carecen (diferenciabilidad, continuidad, etc.), y creando estrictos modelos desligados de la realidad.

El origen de esta “Economía matemática” se encuentra en las últimas décadas del siglo XIX con la revolución marginalista de los economistas neoclásicos encabezados por Jevons, Menger y Walras. Estos autores mantienen la misma visión que los clásicos del proceso económico asumiendo los conceptos de riqueza, producción, consumo, trabajo, capital o sistema económico establecidos por éstos. Sin embargo, se plantean al menos tres importantes diferencias respecto al pensamiento de sus predecesores.

En primer lugar, sus planteamientos son de carácter más abstracto, no tan apegados a una realidad que tratan de explicar, como ocurría con los clásicos, y desprovistos del contexto moral en que se desenvolvía la obra de éstos.

En segundo lugar, frente a la teoría del valor trabajo, plantean su “teoría subjetiva del valor” basada en la escasez y utilidad de las mercancías. Esta teoría establecía como valor económico de un bien la disponibilidad marginal a pagar por dicho bien que venía representada por su precio que, a su vez, hacían corresponder, de forma arbitraria, con la utilidad por el uso o consumo del mismo.

Finalmente, impusieron un modelo de racionalidad sobre el comportamiento del “*homo economicus*” basado en la maximización de funciones – la de producción, para el caso de las empresas, y la de utilidad, para los consumidores – y en la búsqueda de un óptimo económico (de Pareto) del funcionamiento del sistema. Todos estos elementos requerían introducir un elevado formalismo matemático y evidencian una clara pretensión de construir una ciencia económica a imagen y semejanza de las ciencias experimentales.

Estos son los planteamientos con los que el pensamiento económico neoclásico conoce, a principios del siglo XX, una supremacía sobre otras doctrinas económicas que llevó a identificar la doctrina neoclásica con la “economía académica, convencional u ortodoxa”. Identificación y supremacía que siguió, y sigue hoy, defendiéndose, aunque con pequeños retoques doctrinales, de forma enardecida pese a su manifiesta incapacidad explicativa del acontecer económico. De esta forma, la síntesis keynesiano-monetarista, bautizada como pensamiento único tras la caída de las economías de la órbita soviética, si bien con planteamientos más macroeconómicos, continúa en la actualidad proponiendo modelos econométricos basados en supuestos que juegan un papel meramente instrumental.

Bajo estos argumentos académicos, la medida que se hace de la “realidad económica” queda representada por una Contabilidad Nacional sustentada sobre los propios conceptos de escasez, utilidad subjetiva y valor de cambio procedentes de la teoría económica neoclásica. Por ello, estas medi-

das (sólo) representan la versión cuantitativa del acotado campo de la realidad que la teoría económica estándar considerada como la “realidad económica” necesaria de ser medida y que queda reducida a los objetos económicos reales que han sido o son susceptibles de ser apropiados, valorados y producidos².

Ahora bien, aún aceptando el campo de “lo económico” delimitado por la teoría económica estándar y, consecuentemente, sus estadísticas e indicadores convencionales, los investigadores deben preguntarse sobre la calidad de la información que brindan estas medidas. Es decir, ¿es fiable la medida que las estadísticas hacen de “lo económico”? y ¿cuál es el grado de exactitud de la medida de la “realidad económica” que ofrecen las estadísticas que utilizamos?. Para Rodríguez Sosa, las respuestas planteadas a estas cuestiones vienen determinadas por un cúmulo de problemas técnicos, estadísticos e instrumentales derivados del modo de medición, que vician de forma importante dicho proceso y deben hacernos dudar, muy seriamente, de la fiabilidad, en cuanto a exactitud y precisión, de las estadísticas e indicadores económicos actuales.

El autor considera dos grandes grupos de errores relacionados con estas medidas: los que se derivan del pensamiento económico que las sustentan y los causados por el propio proceso de medición.

Los primeros, son consecuencia del propio contenido y forma con los que el pensamiento económico ha configurado la presente “realidad económica” medible³. En principio, habría que cuestionar la propia pertinencia o relevancia de las medidas económicas, ya que la marginación de los problemas ecológicos, del desigual reparto de la riqueza, o de los aspectos financieros implica que las medidas no sean un fiel reflejo de la realidad económica. Por otra parte, la ya comentada vaguedad e indefinición de los conceptos económicos sobre los que está construida la teoría económica genera una inadecuada cuantificación de dichos conceptos al tener que dotarlos de características que no poseen (continuidad, aditividad, independencia, normalidad, etc.).

El segundo grupo de errores, los errores causados por el propio proceso de medición, se relacionan con una serie de hechos de más diversa naturaleza, como por ejemplo: a) la despreocupación de muchos economistas por estimar cuantitativamente los márgenes de error que acompañan a sus medidas, algo que sí sucede en otras disciplinas; b) los sesgos de información ocasionados por los propios elementos utilizados en muchos de los procesos de

² Este acotamiento de la realidad que supone el restrictivo campo de “lo económico”, es la causa de las disputas entre economistas y ecologistas, pues éstos realizan sus razonamientos sobre una realidad más amplia descrita por el conjunto de todos aquellos objetos que componen la biosfera y los recursos naturales.

³ Por tanto, su erradicación sólo será posible si nuevos planteamientos e ideas conforman una nueva teoría económica y unos criterios de valoración distintos a los que hoy respaldan las medidas en Economía.



medición en economía, como encuestadores carentes de adiestramiento y no “comprometidos” con la investigación, cuestionarios mal diseñados y, sobre todo, informantes que ocultan la información solicitada; c) la falta de homogeneidad de los datos agregados macroeconómicos, resultado de la adición de datos o magnitudes primarias que, aunque están homogeneizados en forma monetaria, proceden de contabilidades empresariales con diferentes criterios de contabilización y valoración; o, finalmente, d) la pérdida de homogeneidad de las series de datos derivada de los cambios de base y, sobre todo, de metodología.

En resumen, las fuentes de error señaladas y/o analizadas en Cuadernos del Sur por Vicente Rodríguez explican, con suficiente nitidez, los problemas de calidad en cuanto a exactitud y precisión de las estadísticas económicas empleadas actualmente. Aunque el autor deja constancia de la enorme dificultad de establecer medidas económicas científicamente aceptables, denuncia la escasa preocupación que en el ámbito académico se muestra por estas cuestiones, máxime cuando a partir de ellas se realizan modelos y teorías basadas en la cuantificación y contabilización de hechos económicos o se realizan comparaciones entre países en base a las mismas. La realidad que nos ofrecen estas medidas, que no es sino la “realidad económica” construida por el pensamiento económico convencional, no parece para el autor la más apropiada como *“verdad de referencia para la investigación y el análisis económico”*.

Sin negar la necesidad de medir en la ciencia económica, la enorme complejidad de los fenómenos económicos exige la realización de estudios multidisciplinarios, de nuevos enfoques de carácter más global que permitan dotar de mayor “veracidad” a las medidas y, por tanto, a la “realidad económica” reflejada en las mismas. Asimismo, parece preciso una mayor consideración y desarrollo de técnicas de análisis cualitativo como los análisis de contenido, método Delphi, marcos de coherencia lógica, paneles/talleres de expertos, simulaciones, etc., y, por supuesto, otras matemáticas más acordes con dicho carácter complejo de los hechos económicos.

Los economistas, como el resto de usuarios de la información económica, deben asumir que las singulares características de la realidad económica hacen que la metodología y los conocimientos obtenidos a través de su observación tienen un carácter más diverso al de las ciencias de la Naturaleza y, por tanto, no deben exigir precisión donde no puede haberla.

José Fernández Serrano
Universidad de Sevilla

RENDÓN GAN, TERESA

*Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en
el México del siglo XX*
UNAM-Programa Universitario de Estudios
de Género
y Centro Regional de Investigaciones
Multidisciplinarias, 2003

Estamos cada vez más acostumbrados a los trabajos de investigación desubicados teóricamente y donde los fuegos de artificio matemáticos o econométricos sustituyen a las ideas. No es el caso del libro que a continuación voy a comentar.

La autora comienza su trabajo de investigación enunciado una de las cuatro o cinco preguntas relevantes que tenemos que contestar de la economía – ¿cómo estudiar las causas y consecuencias de la desigualdad en el trabajo? – y la sitúa en ese filo de la navaja que son los estudios de Género. El tema lo acota, como se debería en todo planteamiento científico en un tiempo, el siglo XX, y en un espacio, México.

Además, la Dra. Rendón no deja lugar a la incertidumbre sobre el contenido teórico de su pensamiento económico, cuando hace explícitas tanto su filosofía económica como la piedra angular de su modelo teórico. Por lo que respecta a su filosofía de la economía, la autora reivindica la población como variable endógena del modelo y, por tanto, la importancia del dominio del análisis demográfico para un economista y el estudio de la distribución personal de la empleo para comprender la situación y dinámicas reales, tanto de los procesos de acumulación y reproducción económica del sistema capitalista como del mercado de trabajo o, por mejor decir, de las relaciones laborales. Por lo que respecta a su modelo teórico, la autora afirma y defiende que en el análisis de la división del trabajo por sexos se debe integrar el estudio de los elementos ligados tanto a las tareas reproductivas como a las construcciones sociales que distinguen culturalmente a hombres y mujeres.

Evidentemente, con esta formulación teórica, la Dra. Rendón se sitúa en una corriente o enfoque de pensamiento económico no-ortodoxo: ni ortodoxo en el sentido clásico (a la manera de Ricardo en el que la economía tiene que ver con el reparto del excedente en los procesos de producción, distribución y consumo), ni en el sentido neoclásico (a la manera de Debreu en el que lo económico tiene que ver exclusivamente con los procesos en los que interviene el dinero). La autora propone en este libro un modelo clásico de corte

marxista en el que se integran elementos del análisis institucionalista y del análisis historicista.

La pregunta teórica que inspira y conduce después el contenido de su investigación empírica es: ¿de que manera afecta la conexión Género-Clase Social a la categoría de Reserva Laboral, como ella prefiere denominar al Ejercicio de Reserva de Marx? Y para completar la formulación de su modelo, enuncia, a la manera de Kaldor, seis hechos estilizados que utiliza como hipótesis de trabajo: 1º existe una socialización temprana de las funciones de género mediante la división sexual del trabajo en los hogares; 2º los hombres asumen tareas en el hogar que se consideran masculinas (las chapuzas); 3º con el desarrollo social, los hombres incrementan su participación en el trabajo doméstico; 4º la división sexual es más aguda en el medio rural que en el urbano; 5º existe un cambio en la estructura sectorial del empleo que se encuentra en la raíz de la disminución del índice de segregación sexual; y 6º la división por edades es tan relevante como la de por sexos.

Para fundamentar doctrinalmente su propuesta metodológica, la Dra. Rendón analiza críticamente, en el capítulo 2, las diversas corrientes teóricas que se han planteado el papel de las mujeres en la economía. Una vez construido su modelo, la autora pasa, en los capítulos 3 a 5, al análisis empírico de la situación del empleo femenino en el México del siglo XX. El último capítulo lo dedica a las preceptivas conclusiones.

En el análisis empírico de la división del trabajo por sexos, la autora de este trabajo de investigación consigue hacer compatible el enfoque del marco local y del marco global. En efecto, en el capítulo 3 analiza las claves del trabajo de hombres y mujeres en el contexto de la economía global y en su entorno regional más cercano, TCLAN, y en el más amplio, el subcontinente latinoamericano. En el capítulo 4 estudia la evolución de la división por género del trabajo especialmente en las tres últimas décadas del siglo XX. Mientas que en el capítulo 5, la Dra Rendón, una vez imbricada social, demográfica y políticamente la división del trabajo entre hombres y mujeres, realiza un ejemplar análisis meso-económico de esa división del trabajo.

El capítulo 6 lo dedica la autora a sus conclusiones. No voy a extenderme mucho en este tema ya que creo que es más fructífero que los descubran en la lectura completa del texto. No obstante no me resisto a señalar que la autora demuestra la pertinencia de la superación del individualismo metodológico, que implica el análisis neoclásico, y confirma la validez de las hipótesis de trabajo asumidas en el primer capítulo del libro.

Este libro, aun cuando su análisis empírico se refiere a México, creo que puede ser de mucha utilidad en cualquier situación geográfica que nos encontremos dada la rigurosidad de su planteamiento metodológico y del poder analítico que demuestra la autora. Creo poder recomendar a los académicos que utilicen el libro en sus cursos de Licenciatura, Maestría y Doctorado. Nuestros estudiantes aprenderán a distinguir entre qué es analizar un cuadro

o gráfico de la mera descripción de los datos que ese cuadro o gráfico contengan. Aprenderán a desarrollar argumentaciones basadas en datos y a apoyarse en los argumentos de otros autores. Aprenderán a desterrar la idea de que “todo vale” y de que no necesitan planteamientos teóricos, es decir, estarán en condiciones de no caer en la trampa del empirismo que muchos de nuestros colegas practican con verdadera fe – a falta de conocimientos suficientes sobre pensamiento económico utilizan colecciones de estimaciones econométricas de los llamados “modelos escoba”. Y, por último, para aquellos que estén metidos de lleno en la elaboración de su tesis doctoral, aprenderán a respetar las normas del trabajo científico.

Ahora bien, no les estoy recomendando el clásico libro enrevesado y difícil de leer. Más bien al contrario. El libro está escrito en un estilo directo y claro. Su redacción es sencilla y precisa. Si me permiten utilizar un símil, este libro, que es el resultado de una rigurosa investigación en economía, se lee con el placer de una buena novela policíaca.

Jesús Santamaría Fidalgo
Universidad de Valladolid